

Congreso Eucarístico Nacional

SESIONES DE ESTUDIO

Del 17 al 23 de junio se celebró en Sevilla el séptimo Congreso Eucarístico Nacional de España y primero después del Concilio Vaticano II. Desde los primeros momentos de su preparación, anunció el Cardenal Hispalense su propósito de adaptarse a las direcciones dadas por Pablo VI en su instrucción *Mysterium Eucharisticum* (n. 67) sobre evitar la multiplicación de solemnidades fastuosas, fomentando, en cambio, actividades más acomodadas a los signos de los tiempos de sencillez y estudio. Conforme a esto, el Cardenal señaló como características del presente Congreso: «sencillez en las celebraciones, hondura en los actos de piedad, estudio serio de los problemas teológicos más actuales en torno al misterio del altar y proyección pastoral hacia una conciencia comunitaria centrada en la Eucaristía».

Prescindiremos en nuestra crónica de los actos externos, algunos ciertamente de profunda devoción, como las concelebraciones, las velas continuas ante el Santísimo y las vigiliias de la Adoración nocturna, especialmente el día del Sagrado Corazón de Jesús en San Juan de Aznalfarache, o de otras realizaciones de impresionante emotividad, como la ordenación de 87 sacerdotes de varias diócesis en Misa concelebrada por el Cardenal de Sevilla con otros seis Prelados o la profesión solemne y renovación de votos de más de mil religiosas en Misa asimismo concelebrada bajo la presidencia del Obispo de Huelva, y sobre todo del acto final con la Misa solemne del Cardenal Parente, Delegado de Su Santidad, concelebrada con otros 30 Obispos españoles, en la que 140 sacerdotes con otros tantos copones repartieron la comunión al Jefe del Estado y sus ministros y a otros 120.000 fieles que se acercaron a recibir la Santa Eucaristía. En esta Misa tuvo el Cardenal su sentida homilía, en la que expresó su emoción ante la fe española, de tan profunda raigambre, y exteriorizó las preocupaciones del

Sumo Pontífice por los intentos modernos de falsear la doctrina de la Iglesia acerca del misterio eucarístico, terminando con el mensaje de Pablo VI al Congreso.

Ciñéndonos a las sesiones de estudio, quedaron éstas abiertas con el saludo inaugural de Mons. Cirarda, Obispo auxiliar de la Archidiócesis, y el discurso del Nuncio de Su Santidad, Mons. Dagaglio, que haciéndose eco del Congreso encareció la fidelidad al Concilio, fidelidad a la Iglesia y fidelidad a la Eucaristía. A partir del día 18, en las sesiones de estudio se tuvieron por la mañana dos ponencias sobre dos temas eucarísticos, uno teológico y otro pastoral, seguidas de sendos coloquios privados sobre las materias expuestas. Por la tarde, antes del acto eucarístico, se presentaban las conclusiones de los temas expuestos por la mañana y se tenía una conferencia pastoral en consonancia con las ideas desarrolladas en aquel día, de carácter ya más parenético, a cargo de algún Prelado. Fueron bellas piezas pastorales, expuestas sucesivamente por el Arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Cantero; el Obispo de Almería, D. Angel Suquía; el Arzobispo de Oviedo, D. Vicente Enrique Tarancón; el Prior de las Ordenes Militares, D. Juan Hervás, y el R. P. Luis González, Superior Provincial de la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús y presidente de la CONFER. Desde el punto de vista teológico fueron sin duda las cinco ponencias dogmáticas de la mañana, centradas en otros tantos temas doctrinales, las de mayor interés.

DON JUAN ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, Canónigo de Jerez de la Frontera, desarrolló el día 18 el tema: *La Eucaristía y la Comunidad cristiana*, encomendado en un principio al Director del Instituto Teológico de la Universidad de Navarra, D. Alfredo García Suárez, ausente por enfermedad. El Sr. Ordóñez estaba muy bien preparado para este cometido por haber publicado poco antes una obra sobre tales materias. Fue un trabajo de gran perspectiva histórica, en que aparecía el oscurecimiento simultáneo del concepto de Eucaristía en dirección de una piadosa devoción para selectos más que un sacramento de intimidad vivificadora universal y el concepto de Iglesia como una estructura de autoridad jerárquica casi anticomunitaria. La idea primitiva de la Eucaristía como participación de la vida de Cristo a través del Misterio Pascual en la unidad de la asamblea, se fue recubriendo con ropajes más externos y espectaculares, fruto del edicto de Constantino y del poderío político de la Edad Media. Triunfó lo externo, solemne y jurídico. Es significativo que con sólo cuarenta años de diferencia aparecieron las festividades del Corpus y el precepto formulista de la comunión anual. Gracias al Concilio Tridentino se salvó de las desviaciones protestantes la verdadera esencia del sacramento y sacrificio eucarístico. Los últimos documentos pontificios y el

Concilio Vaticano II han vuelto a poner en primer plano el carácter de la Iglesia como sacramento, que viviendo el sacramento pascual crea en lo exterior el Pueblo de Dios y en su vitalidad interna el Cuerpo Místico de Cristo. La gracia de la Eucaristía no es sólo la unión con Cristo, sino la de todos los miembros en la comunidad eclesial. Aquí radica el valor constructivo de unidad real, no utópica, frente al comunismo y la esperanza escatológica contra el individualismo de la angustia existencialista.

D. MARCELINO MARTÍN DE CASTRO, Consiliario de la Comisión Nacional de Graduados de A. C., expuso a continuación el tema: *La Eucaristía y la unidad del Pueblo de Dios. Misiones, ecumenismo*. Problema viejo y difícil el de la incorporación de la persona a la comunidad. Supone estructurada la unidad personal. Luego viene la apertura al exterior e integración en la comunidad. Esto exige una idea profunda que realice la entrega a los demás y aun llegue a formar héroes de caridad. Sin ello tendremos una mera unión política, económica, de equilibrio. Ni castillos ni catedrales medievales, sino sólo los dogmas, en especial la Eucaristía, creará la verdadera unión. El cristianismo es la interpretación del mundo a través de Cristo. Únicamente la Iglesia con su fe en la carne de Cristo, proporcionando a todos un mismo alimento, logra crear un pueblo con vida común, haciendo a sus miembros concorpóreos. Para esto no basta una transfinalización ni una suprasimbolización, sino se precisa una comunión con Cristo en virtud de su presencia real. Señala la importancia del decreto sobre ecumenismo, que no debe interpretarse como una actitud política, sino como intento de unión profunda que se consolida a través de la comunión con Cristo y pondera la trascendencia de la actividad misional, complemento de la plenitud integral de Cristo.

Fray FERMÍN MARÍA DE OCAÑA, Profesor del Seminario de Sevilla, disertó el día 19 sobre: *La Eucaristía como Memorial de la muerte y resurrección del Señor*, tema encomendado primeramente a Fr. Miguel A. Díez de Palencia, O.F.M., que no pudo asistir al Congreso. El ponente mostró lo que incluía en su sentido más profundo y realista el concepto de memorial. Fue una exposición brillante y de erudición escriturística tan copiosa que a veces llegaba a oscurecer la idea principal. Partiendo del principio de que la trama de la vida está formada por olvidos y recuerdos y que la religión consiste esencialmente en hacer presente la historia de nuestra salvación, hace notar que en el cristianismo el eje de esta trama está en la encarnación, cuyo misterio permanece, haciendo que toda la vida religiosa gire en torno a Cristo. Las palabras institucionales de la Eucaristía rezuman, a veces con iteración (v. gr., en S. Pablo), la idea de «haced con esto el memorial mío o en memoria mía». Para entender mejor esta fórmula el ponente

se acerca al A. Testamento, acto anterior de la historia de la salvación, haciendo notar que la comida pascual (última cena de Jesús) era un memorial de la liberación de Egipto, proemio de la redención mesiánica. El fin de esta solemnidad era hacer revivir como presentes aquellos hechos salvadores. Tal es la virtualidad de este sacramento eucarístico, que hace presente con su realidad el sacrificio de Cristo, de modo que quienes le comemos no sólo vivamos para siempre en Él, sino que con Él comuramos, seamos sepultados, conresucitemos y conreïnemos. Al mismo tiempo, esta esperanza de la resurrección nos hace vivir gracias a la Eucaristía en tensión escatológica, esperando la liberación de la creación toda en una especie de eclosión final. Sigue el ponente enriqueciendo los matices de la palabra «Memorial» a través de numerosos pasajes del A. y N. Testamento, para precisar la intención de Cristo de que junto al recuerdo de su pasión la Eucaristía mantenga vivo el recuerdo de los dos amores del Padre y del Hijo en la historia de la salvación expuestos por Jesús en aquella cena. Juego de amores que no lleva exclusivamente a Cristo, sino que nos une con nuestros hermanos. Frecuentemente argumenta S. Pablo a base de este sacramento para instaurar la caridad, y los SS. PP., en los siglos primeros, consideran la injuria contra un hermano como injuria en este sacramento de amor.

D. JUAN JOSÉ RUIZ, Subdelegado nacional eclesiástico de las Hermandades del Trabajo, habló a continuación sobre *La Eucaristía y la comunidad diocesana*. Asentado el carácter de la Iglesia, sacramento en Cristo con dos perspectivas: Pueblo de Dios y Cuerpo Místico de Cristo, explica cómo la existencia estructural de la Iglesia está vinculada al sacramento de la Eucaristía en el espacio y en el tiempo. Todos los demás sacramentos quedan asimismo relacionados con la Eucaristía, realidad histórico-teológica del sacrificio del Calvario, de donde todos reciben su eficacia. La diócesis, parte e imagen de la Iglesia universal, está estructurada en el dinamismo del misterio y sacramento pascual. En ella aparece en primer lugar el Obispo, sucesor de los apóstoles, cuya misión es actualizar el misterio pascual eucarístico. Sin él no hay sacrificio, ni sacerdocio, ni continuidad histórica. Es el principal «Liturgo, el responsable máximo, el perfeccionador eclesial». En segundo lugar, los presbíteros, cooperadores del orden episcopal, tienen subsidiariamente la misma función ministerial, ya que el Obispo no puede llevar la vida de Cristo a todas partes. Se les concede una cierta comunicación de poderes para el gobierno, magisterio y sacramentos cuyo centro es la Eucaristía. Los presbíteros son los correalizadores de la «ekklelesia», que hacen visible la Iglesia universal principalmente mediante el sacrificio, sobre todo celebrado, y la comunión eucarística. Finalmente, en tercer lugar,

los fieles, «porción del pueblo de Dios», «hechos para participar a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Cristo», concurren a la ofrenda de la Eucaristía y ejercen su sacerdocio «mediante la recepción de los sacramentos, la oración, la acción de gracias y el testimonio de una vida santa» (Vat. II). Su función específica es «la consagración de las realidades temporales», análoga a la consagración sacrificial exclusiva de la Jerarquía.

El R. P. JESÚS SOLANO, Rector Magnífico de la Universidad Pontificia de Comillas, disertó el día 20 sobre: *La Eucaristía, Sacrificio*. Su ponencia fue un trabajo profundo de investigación patristica, litúrgica y del magisterio eclesiástico. Dando por supuesto su carácter de sacrificio y su identidad con el de Cristo, se fija en ciertos aspectos comunitarios respecto a la Iglesia, que aparecen ya en los Padres más antiguos, empezando por la Didajé, S. Ireneo, S. Ambrosio, S. Agustín, Orígenes, San Juan Crisóstomo, S. Efrén, Teodoro de Cira, S. Fulgencio y sobre todo en S. Isidoro, uno de cuyos textos le sirve de base para su exposición. Partiendo de los textos evangélicos de la última cena y aduciendo copiosos textos de SS. Padres va mostrando: 1) Que Cristo ofreció este sacrificio, como cabeza de los asistentes en el cenáculo, los apóstoles allí presentes, y se ofreció como formando parte de la Iglesia, quedando ofrecidos con El los santos, como miembros de la víctima. Es el sacerdote principal, no único; es el «Príncipe de los sacrificadores». 2) Los SS. Padres hablan de la Iglesia que ofrece a Dios la oblación de Cristo. 3) La Iglesia se ofrece a sí misma como sacrificio. La víctima es no sólo el cuerpo físico, sino todo el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, la Iglesia. 4) El Sacrificio eucarístico, según las frases de su institución, se ofrece en bien de la comunidad. Es frase de los SS. Padres: «Aquí está presente la purificación del pueblo». 5) Sacrificio que crea la unidad de la comunidad. La comunión tiene este efecto y el beso de paz que la precede une las almas y extingue rencores. 6) La participación en la Misa borra toda diferencia social, sobre todo respecto a los pobres. La conclusión final es, pues, que Cristo se hace una cosa con la Iglesia, ofreciendo con ella, ofreciéndose con ella y para bien de ella. A modo de epílogo, siguiendo el c. VIII de «Lumen Gentium», ve en María la más perfecta personificación de la Iglesia y el modelo de victimación y amor de Cristo.

D. FERNANDO GUERRERO, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, diserta a continuación sobre *La Eucaristía y la unidad de la comunidad parroquial*. Tras unas breves notas históricas sobre los antecedentes de la comunidad parroquial hasta su estructuración en el Concilio Tridentino, pasa a describir su concepto en el Concilio Vaticano II como actualización primaria de la Iglesia, sobre todo en torno a la Eucaristía. Configuró las característi-

cas de la parroquia como comunidad eucarística, comunidad de caridad, comunidad misionera, comunidad de salvación, comunidad intradiocesana, comunidad católica, comunidad peregrinante, comunidad jerárquica y comunidad mariana. De esta exposición dedujo consecuencias prácticas respecto a la Misa dominical, catequesis eucarísticas, participación de la Iglesia como sacramento de pureza y caridad, modelo de apostolado comunitario y sobre todo signo de la unión exterior en Cristo.

El R. P. MIGUEL NICOLAU, Profesor de teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, habló el día 21 sobre: *La Eucaristía, banquete sagrado*. Ya los mismos nombres que desde sus orígenes se dan a este acto sacramental (com-munio, syn-axis) indican su carácter social y público en la participación de los manjares sacrificados. Su institución en la comida familiar de la Pascua judía en torno al padre le dio carácter comunitario. Reproduce el ponente la Cena del Señor, con sus ritos y bendiciones según el Mishna, pero destacando la declaración expresa de la «Nueva Alianza» sellada por el nuevo sacrificio, que en la mentalidad judía era participación real de la víctima. La alianza no es con una persona, sino con todo un pueblo. Jesucristo en aquella institución sacramental, con su fracción del pan y su «comed y bebed», acentuó el carácter de comida o banquete sagrado, dando relieve a la participación de los comensales. Recuerda el marco histórico veterotestamentario con los sacrificios-banquetes de Melquisedec, Abraham, Rebeca, Saúl, Adonías, Samuel, etc.; los pactos de alianza, la participación en los sacrificios pacíficos y en los banquetes funerarios. Todo ello nos sitúa en la misma concepción. Estudia a continuación el banquete sagrado en la Iglesia primitiva a base de S. Pablo, los Hechos de los Apóstoles, la Didajé, la Apología de S. Justino, etc., que dejó su impacto en las Misas más antiguas y se trasluce en las oraciones de la liturgia romana. Esta participación en el banquete refuerza su esencia sacrificial. Anota las analogías entre el banquete eucarístico y el convite familiar, en que se esboza asimismo la liturgia de la palabra, con las voces de alegría, brindis, discursos y aclamaciones. Sobre todo, como es obvio, la semejanza debe darse en la participación de la comida y la bebida. A través de múltiples documentos pontificios y conciliares se insiste en la comunión de los fieles dentro de las Misas a que asisten, y a ser posible con formas consagradas en ellas y distribuidas por el sacerdote celebrante. Los SS. Padres recalcan esta participación por significar la unión eclesial de todos con Cristo y ser causa y efecto de la unión íntima de los cristianos entre sí. Finalmente examina el problema de la intercomunión con los hermanos separados a la luz del signifi-

cado eucarístico, del Concilio Vaticano II y del Directorio de ecumenismo.

D. JOSÉ MARÍA HUESO, Secretario de la Confederación Nacional de Padres de Familia, en sustitución del presidente, Alberto López de Arriba, impedido de asistir, expuso el tema: *La Eucaristía y la unidad de la comunidad familiar*. Después de apuntar los elementos actuales de disolución familiar: frivolidad, hedonismo, relajación de autoridad, divisiones conyugales, divorcio, amor libre, abusos antigenerativos, muestra la Eucaristía como el antidoto más eficaz para evitar tamaños males. A base de una serie copiosísima de citas del Papa actual y antiguo Cardenal Montini, hace ver cómo la Eucaristía ofrece el ideal de fe que une, de esperanza que suaviza los comunes sufrimientos de la vida y de caridad y amor que identifica. La Eucaristía es un elemento revolucionario que da vida a lo gastado. Con la santa trilogía «sagrario, calvario, rosario» lograremos la unidad conyugal, la educación juvenil y la victoria contra la actual enervación frente al sacrificio. Terminó con una serie de sugerencias pastorales acerca de la primera comunión, comunión conjunta de la familia, visitas a Jesús eucarístico, etc.

El R. P. JESÚS ESPEJA, O.P., Profesor de teología dogmática en la Facultad Teológica de S. Esteban (Salamanca), desarrolló el día 22 el tema: *La Eucaristía, presencia permanente de Cristo*. Después de ponderar la trascendencia teórica y práctica de la materia, fijó ante todo su atención en la Antigua Alianza, fase precursora de la Nueva. En aquélla quiso ya Dios morar entre los hombres como aparece en la vida de Abraham, más permanentemente en el tabernáculo erigido por Moisés y finalmente en el templo de Salomón. Allí van los judíos a visitarle, ciertos de su presencia en medio de ellos. Los profetas continuaron esta línea de la presencia de Dios en el futuro templo espiritual dentro de un ambiente mesiánico, condensado en la promesa de Emmanuel, Dios con nosotros. A estas ideas responden las primeras líneas de S. Juan: «El Verbo se hizo carne y plantó su tabernáculo entre nosotros», y tal es el contexto en que se pronunciaron las palabras de la consagración. Examina en segundo lugar la intención de Cristo, que al decir «el pan que yo os daré es mi carne» pretende dejar en la Iglesia su cuerpo, no sólo en símbolo, sino en realidad. La encarnación debe continuarse permanentemente en la Eucaristía, según lo entendió S. Pablo al hablar de la participación real aun sacrílega del Cuerpo de Cristo y conforme a la concepción de la primitiva Iglesia. Negada la permanencia de Cristo bajo las especies, el culto latréutico de la Eucaristía sería verdadera idolatría. Cristo no dijo: «esta es mi carne para sacrificio y banquete», limitando la acción eucarística; por el contrario, unió la institución con la parábola

de la vid y los sarmientos en continuada unión real con su gracia y la permanencia no interrumpida de su amor. La doctrina de la Iglesia, declarada en Trento y expuesta en los documentos pontificios y el Concilio Vaticano II, es clara respecto a este punto. Nótese que la Eucaristía es el sacramento de la Iglesia, pues constituye la Nueva Alianza, por la cual se forma no sólo el pueblo de Dios, sino su Cuerpo Místico, al que vivifica con su presencia sacramental y su presencia de amor. Finalmente, inculcó que la permanencia real de Cristo, día y noche, no oscurece el sacrificio, sino que lo confirma. Es sacrificio permanente, como los panes de la proposición en el A. T. Cristo se constituyó en oblación para siempre (*ep. a los hebr.*) con permanencia de efectos, intercediendo continuamente por nosotros y realizando la unión de la Iglesia. La ponencia del P. Espejo fue un trabajo de extraordinario conocimiento bíblico, de amplias concepciones de la historia de la salvación y de brillantes ideas escriturísticas, aun cuando esta misma grandeza de concepción dejase a veces en la penumbra algunos de los argumentos más sólidos suministrados por la Iglesia primitiva.

Antes de pasar a la ponencia pastoral, el Emmo. CARDENAL PARENTE, recordando su labor de «humilde obrero de la teología», según dijo, ofreció un trabajo de gran solidez teológica, en que expuso los peligros de ciertas opiniones modernas en la explicación del misterio eucarístico, a las que conduce un falso espíritu de ecumenismo no fundado en verdad y caridad, un vano temor de acusación de magia en la eficacia sacramental o una supervaloración del simbolismo sobre la realidad. Todas las inculpaciones contra el misterio eucarístico se desvanecen, recordando la doctrina de Trento sobre la eficacia «ex opere operato» y las disposiciones subjetivas del fiel y teniendo en cuenta la instrumentalidad de los sacramentos respecto al agente principal, que es Cristo, de modo parecido a como la humanidad era un instrumento del Verbo encarnado durante la vida de Jesús en sus obras salvíficas.

El R. P. JOSÉ AGUSTÍN ELUSTONDO, Comisario Nacional de las Terceras Ordenes Franciscanas, disertó finalmente sobre *La Eucaristía y la comunidad de las almas consagradas, sacerdotes, religiosos y miembros de Institutos seculares*. Expuso la esencia peculiar de estas diversas consagraciones a Dios, en contraposición a la primordial consagración de todo cristianismo por el bautismo. A continuación explicó las relaciones esenciales de estas diversas consagraciones con la Eucaristía. La consagración sacerdotal se ordena ante todo al sacramento eucarístico, tanto por lo que hace a su confección como a su misión posterior de traer a ella a todos los fieles para la creación y el bien de la Iglesia. La consagración de los religiosos los asimila a Cristo eucarístico en su anonadamiento (Vat. II) por su continua muerte, en que se asocian a la muerte de Cristo, mediante

las renunciaciones de los tres votos y su testimonio de signo de la vida futura. Nótese que no debe presentarse la vida religiosa solamente en su aspecto triste, pues aun cuando es una asimilación completa a Cristo en su inmolación, lo es juntamente en su transfiguración, resurrección y glorificación. Tal es el sentir claro de la liturgia. Finalmente, la consagración de los laicos entraña interiormente una entrega a la Eucaristía semejante a la de los sacerdotes y almas consagradas. Allí encuentran el término de su compenetración y el gozo de poder participar de su asimilación gracias a la apertura que les ha concedido el Concilio Vaticano II. Todo el pueblo de Dios se dirige a la vida y unión en Cristo, sin que nadie pueda reservarse esta gracia en monopolio para sí. Allí se halla esa fuente de fraternidad y amor en caridad que forma la Iglesia.

Como se ve, el Congreso con sus sesiones de estudio contribuyó a cumplir los fines deseados por el Concilio Vaticano II y la Instrucción «Mysterium Eucaristicum», profundizando en los principales aspectos teológicos de la Eucaristía con sus propiedades esenciales comunitaria, conmemorativa, sacrificial, convivial y permanente, y ampliando el estudio pastoral de su carácter social en relación con la comunidad universal, diocesana, parroquial, familiar y de almas consagradas especialmente a Dios.

FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S.J.